

Mesa redonda: “La historia del catolicismo en la Argentina, hoy”

II Jornadas “Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX”, Universidad Católica Argentina, 7 y 8 de octubre de 2010

Panelistas:

Lila Caimari (CONICET- UdeSA) / **Roberto Di Stefano** (UBA- CONICET) / **Carlos María Galli** (UCA)

Coordinación:

Miranda Lida (UCA- UTDT- CONICET)



Miranda Lida (M. L.): Yo simplemente les preguntaría a los panelistas qué les sugiere la consigna con la que hemos denominado este panel: “la historia del catolicismo en la Argentina, hoy”.

Lila Caimari (L. C.): Cuando me propusieron ser parte de este panel, me sentí muy halagada y no sabía realmente si era un honor muy merecido, en la medida en que yo he investigado sobre estos temas hace tiempo, y ya hace varios años que no estoy produciendo investigación de base sobre ninguno de los temas sobre los que se ha hablado aquí. Y sin embargo, pensé que —y yo creo que esta era un poco la idea de este debate— a la vez puedo hablar como alguien que se inició en la investigación histórica hace casi ya veinte años en este campo, y se ha ido moviendo hacia otros temas, pero manteniendo siempre un pie y un vínculo con él. He dirigido tesis, he seguido más o menos las publicaciones y vengo regularmente a las reuniones como comentarista para escuchar, para intervenir, etc. Tengo algunas impresiones que mezclan un poco mi propia experiencia de haber sido parte del campo con mi observación un poco más distanciada de su evolución, según yo la veo, sobre todo en relación a otros campos de la historiografía de los últimos años. Dos palabras de eso para comenzar algo que espero sea un diálogo después entre todos. Lo primero que yo señalaría es lo siguiente: cuando empecé a trabajar sobre mi tesis en los años ochenta, que era sobre el peronismo y la Iglesia Católica, éramos dos o tres personas conversando en cafés sobre estos temas, no había marcos institucionales, no había reuniones periódicas, no había intercambios de la frecuencia y la densidad que tenemos hoy, y sobre todo, la diversidad de inserciones, de contextos que hay ahora, donde hay varios grupos que se reúnen regularmente a discutir trabajos, jornadas como estas y algunos otros grupos que cada año se reúnen para presentar avances de investigación etc. Hay claramente un ámbito muchísimo más articulado, yo creo, y además muchísimo más exigente. No se puede decir cualquier cosa, como era un poco el caso en la época en que yo había comenzado. En parte mi decisión de irme de la Argentina para estudiar lo que yo estaba estudiando tenía que ver con la falta de un marco de control bibliográfico, crítico, de la investigación, que me parece que es algo con lo que ahora pueden contar muchos estudiantes sin ir a ninguna parte.

Además, los dos o tres que nos reuníamos en los cafés hablábamos más o menos siempre de lo mismo, es decir, el espectro temático era muy acotado. Nos interesaban los años treinta y los años cuarenta; nos interesaba una historia muy política de la Iglesia; nos interesaban ciertos grupos de la Iglesia; era realmente un espectro estrecho que estaba vinculado con nuestras preocupaciones muy propias de aquellos años, los años de la transición [democrática]. En contraste, la diversidad temática, el mapa temático y el mapa cronológico del que hace gala cada una de estas reuniones hoy es incomparable. Es algo que uno encuentra no solamente en el campo de la historiografía sobre el catolicismo, sobre la religión o sobre el fenómeno religioso, sino también en otros ámbitos. En este sentido, yo creo que lo que ha ocurrido en este ámbito es parte de un fenómeno mayor: el fenómeno de la profesionalización, la especialización y la gran explosión temática que ha habido, que ha alimentado la complejización de los planteos, el refinamiento creciente de la conceptualización, digamos. Hay un umbral de exigencia que claramente es mucho más alto y que a la vez ha fragmentado enormemente el campo —este campo como otros—. Llegados a este punto, una pregunta que haría es: ¿cuáles serían los centros neurálgicos en este momento, de la discusión? No sé si hay uno; mi intuición es que no, que hay varios, que está muy capilarizado, bastante fragmentado o por lo menos hay centros, discusiones que estructuran ciertas áreas del campo. No es como era en aquel momento, cuando había una gran discusión que organizaba más o menos todo.

Lo otro que quería señalar, y que me parece que es un signo de todo lo que se ha avanzado en estos veinte años, no solamente tiene que ver con la multiplicación de ámbitos donde discutir la historia del catolicismo, sino también con la multiplicación de ámbitos en

los cuales muchos de los que estamos aquí sentados circulamos, por fuera de las reuniones que son propias. Es decir, en mi época no había más que un nicho en el cual discutíamos entre nosotros sin mucha interlocución por fuera; ahora veo también gente con la cual me cruzo en reuniones o talleres de historia intelectual, de historia de género, de historia de la familia, de historia cultural, etc. Puesto que una de las preguntas que nos dieron para comenzar este diálogo era cómo se mide la historia del catolicismo en relación a la evolución de historia cultural, la historia política, etc., yo diría que es una dimensión de todas esas historias, o de buena parte de esas historias. Sin ir más lejos, en la *Historia de los intelectuales latinoamericanos* que acaba de publicar Carlos Altamirano, hay capítulos sobre intelectuales católicos, algo que probablemente era impensable hace no tantos años. En las historias de la familia, que es otro ámbito que ha crecido enormemente, hay siempre atención a la dimensión religiosa. En otras palabras, más allá del campo de la historiografía del catolicismo, la dimensión de lo religioso o lo eclesiástico, según cuáles sean los registros, es parte de otros análisis que no son específicos de este campo, y yo veo allí uno de los signos más importantes de la aceptación, de la relevancia que tienen todas estas cuestiones para la historiografía en general.

Y por último pensaba que con lo rápido que está avanzando el campo, a diferencia de otros que también están avanzando muy rápidamente (de la historiografía cultural, social), éste es un campo que rápidamente encontró a sus historiadores de síntesis ¿no? Me estoy refiriendo al texto que todos conocemos de Roberto [Di Stefano] y Loris [Zanatta]. Es un texto que sale muy temprano, en un momento en el cual el campo está despegando, y que ya ha tenido reediciones. Van a tener mucho trabajo para ir actualizándolo periódicamente, pienso, por la mejor de las razones, en vista de cómo el campo está avanzando.

Roberto Di Stefano (R. D.): Yo diría que unos cuantos años atrás, en los noventa, hablábamos de la historia de la Iglesia y ahora hablamos de historia del catolicismo: yo creo que esto tiene posibilidades y a la vez nos enfrenta a problemas. Por un lado se salió del estudio de las instituciones eclesiásticas -del clero, de las jerarquías, de los obispos, de las cúpulas, etc.- y se abrió una enorme variedad de temas como los que se han visto en estas jornadas. Al mismo tiempo, nos trae problemas conceptuales muy serios ¿no? Uno que se discutió en estas jornadas es a qué nos referimos cuando decimos el catolicismo, los católicos, la identidad católica. Porque yo me acuerdo de un libro clásico de Néstor Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta* en el que él pensaba a los católicos como los defensores de la posición católica, por ejemplo en oposición a la ley 1420, y los liberales como los defensores de las posiciones laicistas, lo cual presenta un problema porque muchos de los defensores de las posiciones laicistas se decían católicos, y si ellos se dicen católicos, ¿quiénes somos nosotros para decirles que no lo son? Ahí tenemos un problema que no teníamos antes y Lila [Caimari] lo ha señalado muy bien: hoy en día nosotros tenemos un montón de doctores o gente que se está doctorando, tenemos tesis, tenemos una gran cantidad de artículos. Tenemos algo que está ocurriendo y que creo que hemos logrado: que los historiadores en general —ya lo dijo Lila pero lo quiero desarrollar un poquito— cuando se encuentran con la religión no pasen de largo y miren para otra parte, sino que se ocupen del asunto. Esto me parece que es un gran logro.

Me parece que otro logro es que estamos superando la dicotomía entre una historiografía confesional y una historiografía “laica” que corren por cursos paralelos y sin relación entre sí. O sea, el hecho de que en estas jornadas venga gente de universidades católicas y gente de universidades nacionales, donde vienen a presentar sus trabajos quienes se dicen católicos y gente que no tiene nada que ver con el catolicismo y que puede dialogar, que puede hablar de historia; o las jornadas que se hacen en el NOA, con universidades confesionales, con universidades nacionales e incluso con la participación de los obispados de la zona. Me parece que hay aquí una cuestión muy importante porque quiere decir que hemos logrado de alguna manera despolemizar el problema. Porque quienes

estudiamos la religión nos encontramos con un problema muy serio: el que estudia las religiones tiene que comprender la religión, y las religiones tienen de por sí una cierta tendencia natural a la conservación, a ser conservadoras, y es natural que sea así porque tienen el mandato de conservar un mensaje, de conservarlo puro y transmitirlo. Y cuando se habla de religiones, la primera reacción que se suele tener es plantearse si se está hablando a favor o en contra. Ahora, si estamos sentados acá en la UCA hablando todos los que estamos, es porque creo que hemos podido dar pasos importantes en el sentido de decir “no queremos juzgar al catolicismo, a la Iglesia, a la religión”, o decir que es buena o mala, sino que queremos comprender qué pasa, comprender la religión en la historia, en la sociedad argentina.

Creo que estamos en un momento muy importante porque, como decía Lila, empezamos con... Digo “empezamos”, pero ¿quiénes somos “nosotros”? Es un nosotros que yo pienso desde la pertenencia al mundo de las universidades nacionales, pero nosotros no inventamos nada, en verdad. La historia del catolicismo empezó en el siglo XIX y la continuó Abel Bazán y Bustos en 1915 con el primer libro de historia eclesiástica argentina; y hay además cantidad de producción de historia de la Iglesia a lo largo del siglo XX, incluso una cantidad de producción confesional de altísima calidad. Por ejemplo, el padre [Américo] Tonda era un gran historiador; uno lee la producción del padre Tonda y la encuentra cada vez mejor. Entonces no es el caso de decir, de manera despectiva, “esto es producción confesional, esto lo escribió un cura”, no. Yo estudié en Europa, en Italia, donde la historia del catolicismo la hacen historiadores como Carlo Ginzburg, que es alguien que no tiene nada que ver con el catolicismo, que es judío y que sabe muchísimo de catolicismo; y la hace alguien como Giovanni Miccoli que fue durante diez años presidente de la Acción Católica Italiana. Y entre ellos pueden hablar.

¿Por qué digo que estamos en un momento muy importante? Porque creo que esta proliferación ha asumido un poco las formas que tiene [toda] la historiografía hoy, con una fragmentación de los estudios y de cosas —fíjense lo que es el programa de las Jornadas Interescuelas—. Justamente me parece que tenemos el desafío —esto me lo dijo Susana Bianchi hace poco tiempo en Jujuy— de pensar qué conceptos usamos, definir los conceptos que usamos, pensar qué decimos cuando decimos o qué varias cosas decimos —a lo mejor decimos no una, pero varias—. Pero tengamos en claro, por ejemplo, cuando hablamos de secularización qué estamos diciendo, cuando decimos jerarquía qué estamos diciendo, etc. Tendríamos que avanzar un poco en esto y tratar de encontrar algunos hilos conductores que nos permitan reflexionar en común. Yo creo que uno de esos hilos conductores puede ser el tema de la secularización, justamente. Secularización no quiere decir que la religión desaparece, quiere decir que la religión se transforma, se modifica. Entonces nos permite, por un lado, dialogar con otras disciplinas, por ejemplo con los teólogos, con los sociólogos de la religión, etc., y nos permite también tender puentes entre instituciones académicas nacionales e instituciones académicas confesionales. Me parece que estamos en un momento en que tendríamos que empezar a poner atención a este tipo de problemas, para ver qué instrumentos estamos utilizando en nuestro trabajo de investigación cotidiano. Y le dejo la palabra al Padre Galli.

Carlos María Galli (P. G.): Muchas gracias por la invitación, ustedes son historiadores profesionales, yo soy un amateur en la lectura de la historia, me dedico a la teología sistemática y pastoral. A mí me parece muy positivo que haya más historiadores en los diversos centros de diversas instituciones que consideren el catolicismo argentino y latinoamericano. Creo que hay factores de los últimos años que llevaron a dedicar mayor interés. Desde el punto de vista eclesial está la conciencia, dada de un modo fuerte con el Concilio Vaticano II, de que la Iglesia es siempre Iglesia en el mundo: la Iglesia es siempre Iglesia en este mundo, en el mundo, es en la historia del mundo y en el mundo de la Historia. No es nuevo, San Pablo dirige sus cartas a cristianos de distintas comunidades diciendo

que la Iglesia de Dios está en una comunidad social histórica determinada, es el tema teológico y pastoral de la encarnación de la Iglesia en la Historia. Por otro lado creo que con la historia del Concilio Vaticano II, y sobre todo con las reuniones episcopales de Medellín y Puebla, ha crecido la autoconciencia en América Latina. Hemos crecido en conciencia cultural, es decir, de que somos América Latina en la Iglesia. Y en la Argentina, sin duda, ha habido razones para que crezca el estudio, la persistencia y la recreación del fenómeno religioso, en particular del fenómeno religioso popular, de diversas formas, religiosidad, piedad, espiritualidad o mística popular, contradiciendo las tesis de cierta sociología de la modernización que en teoría postulaba el fin de la religión en la sociedad moderna, dado que muchas expresiones religiosas se han mantenido y se han recreado de un modo particular en América Latina.

De tal manera que esto nos lleva al tema de cómo pensar la historia del catolicismo como un objeto integrador de miradas, disciplinas e interpretaciones, articulado con muchas dimensiones de la vida que no es ni proyección, ni alienación, ni ilusión, ni ideología. Y por lo tanto reclama respeto en su propia naturaleza de religión en la Historia, susceptible de muchos diálogos. Y creo que otro aspecto que ayuda es que al mismo tiempo que se dio en la Historia, se dio en la sociología. Acá, es sin duda el papel de la Iglesia en el siglo XX, particularmente después del 30, del 45, del 73, del 76, y luego después del 83, y las relaciones entre la Iglesia Católica y la vida política argentina, de un modo especial la terrible década del 70, lo que ha dado lugar a muchos estudios con interés en las relaciones entre Iglesia y sociedad pero sobre todo Iglesia y política, e ideologías políticas, y fenómenos sociopolíticos. Y al mismo tiempo uno ve que los temas más estudiados son Iglesia y militarismo desde el 30, Iglesia y peronismo, o Iglesia y dictadura o un poco menos, Iglesia y democracia. Creo que esto debería ser más estudiado, pero no solo eso, porque la historia de la Iglesia o del catolicismo no se reduce sólo a la dimensión sociopolítica ni a la esfera del catolicismo y de la Iglesia; debe ser estudiada la historia de la fe, la historia de la evangelización, la historia de la institución, la historia de las expresiones espirituales, religiosas populares, es decir hay un amplio abanico pero sin duda el tema político ha sido un detonante para estudiar las relaciones entre catolicismo y sociedad. En este sentido debemos aprovecharlo.

(Del público, Diego Mauro): Se habló por allí de despolitización, creo que Roberto [Di Stefano] usó el término, y eso me pareció interesante en un doble sentido, no sólo porque en la historiografía de los últimos 20 años los problemas se fueron complejizando, digamos de una historia política de la Iglesia, de pensar la Iglesia sólo como un actor político donde el debate era si era un actor político tradicional o no tan tradicional, se pasó a una historia social del catolicismo donde la política se vuelve a ver, pero haciendo una historia social de la política, es decir, como lo planteaba el Padre Galli, con la idea de que el fenómeno religioso está en relación con las transformaciones de la sociedad, y un poco de eso se trata de hacer una historia social del catolicismo. Porque originariamente un poco la idea era explicar las transformaciones de la Iglesia desde la Iglesia misma, y ahora lo que se está viendo es un abanico de relaciones por las cuales las transformaciones de la Iglesia aparecen también en relación con las transformaciones de la sociedad y eso me parece que permite entradas interdisciplinarias desde diferentes lugares. Y así aparecen la historia de la fe, la historia de las religiones que plantea el Padre Galli que me parece importante, más allá de la cuestión religiosa que implica dinámicas sociales convergentes.

Y lo segundo, mencionar por qué la Historia de la Iglesia encontró un libro de síntesis temprano, y esto me parece una referencia importante que a veces hemos charlado con Miranda, es decir un poco los marcos científicos funcionan oponiéndose. Hay un epistemólogo, Bachelard, que habla de "obstáculo epistemológico" para referirse a cómo funciona la ciencia, y es un poco así: si uno no tiene con qué discutir es más difícil avanzar. Después hay que dejar de discutir y tratar de proponer algo de nuevo. Pero en ese sentido me parece que el trabajo de síntesis de Roberto y de Loris [Zanatta] funcionó contribuyendo a que uno tuviera algo que discutir. Y a partir

de eso, construir interpretaciones nuevas. Eso sin duda contribuyó a dinamizar los últimos diez años por lo menos, a partir de discusiones regionales, locales o discusiones del modelo mismo y del funcionamiento del campo disciplinar. Estas son algunas de las cuestiones que se me ocurrían.

R. D.: Yo aludía a algo que decía ese gran historiador que fue Marc Bloch: los historiadores no somos jueces, no estamos para juzgar a los hombres del pasado y decir si hicieron bien, si hicieron mal, si eran buenos, si eran malos, estamos para comprenderlos; no para justificar lo que hicieron sino para comprender por qué hicieron lo que hicieron y por qué lo hicieron de esa manera. Y me parece que en el caso de la religión tenemos un problema particular, que lo ha señalado muy bien el Padre Galli, y es que nosotros tenemos un objeto de estudio que tiene sus propias lógicas y que hay que conocer; el problema es cuando el historiador se olvida de esto y entonces piensa la Iglesia como un actor político más. Así, se corre el riesgo de no ver o no entender un montón de cosas. O sea, la riqueza en nuestro trabajo pasa por comprender que la religión tiene aspectos sustantivos y aspectos funcionales. Aspectos funcionales quiere decir que funciona de diferentes maneras. La gente hace cosas con la religión: hace política, establece relaciones familiares, estrategias o se organiza, se divierte, aprende, juega, canta, cura... Pero al mismo tiempo la religión tiene una dimensión sustantiva de creencias, de fe, de cosas que uno no puede ignorar. Si uno piensa en un sacerdote que es legislador y piensa nada más en esa persona como político, simplemente porque ocupa un cargo de legislador, no entiende que a lo mejor ese sacerdote está funcionando con otra lógica, y que si yo lo enfoco con el lente de la política no lo voy a entender. Y como nuestro oficio es entender nosotros tenemos que aprender a entender - entender en sentido amplio- no sé si me explico. La Iglesia puede cumplir funciones políticas, la religión también, la ha cumplida millones de veces pero no se agota ahí. Ni es necesariamente la lógica de la política la que la mueve.

L. C.: Agrego algo muy cortito que pensaba en relación a esta cuestión. Es cómo en esta evolución a la que se refirió Diego Mauro recién, hubo un momento en el cual salió esta historia muy política de la Iglesia, del catolicismo, etc. y se fue evolucionando hacia una complejización mayor, se fue abriendo a una historia social del catolicismo que recoge una cantidad mucho más rica de dimensiones. Todo esto es una evolución para celebrar y yo creo que hace justicia al objeto de estudio, como no se hacía hace 20 años. Pero a la vez la pregunta que yo me hacía era si ahora no había un riesgo de renunciar demasiado rápidamente a la dimensión política, y de dejarla como terreno de investigaciones en sede periodística. No porque me parezca que esos trabajos estén mal en sí, son trabajos de otra naturaleza, pero allí hay algo que creo que los historiadores tenemos que mantener como dimensión, a la luz de la complejidad y de todos los avances del campo, es decir, no sacrificar nada de todo lo que se ha logrado en calidad. Me parece que al hacer del catolicismo una historia social y cultural solamente, hay algo allí de un vacío que quizás se esté dejando, que habría que repensar en la medida en que plantea ciertos riesgos. Algunas de las intervenciones que se hicieron aquí indican que hay gente pensando en estas cuestiones.

Y por último, cuando comencé diciendo que éramos tres o cuatro, por supuesto que me refería a los investigadores de las universidades nacionales, hace 20 años. Estábamos en un momento en el cual un tipo de diálogo como éste era difícil de concebir y yo celebro que estemos aquí reunidos hablando de estas cosas. En aquel momento había distancias muy grandes, no es algo de lo que me enorgullezca, pero lo cierto es que era pensado de esta manera y creo que hemos recorrido un largo camino, muy productivo.

R. D.: Una cosita acerca de esto que vos decías de la política. Lila escribió hace no mucho tiempo un artículo sobre Leonardo Castellani. Muchas veces se habla de Castellani como de un cura nacionalista y se lo ve desde una óptica política, pero Lila muestra al Castellani escritor, al Castellani que, de todos esos curas nacionalistas que estaban dando vueltas por ahí, era el más religioso, escribía teología, traducía la suma teológica de Santo Tomás. Y si uno no tiene en cuenta todo eso, no entiende a Castellani.

P. G.: En la misma línea de buscar miradas integradoras a través del diálogo interdisciplinario quiero decir dos cosas, una sobre el tema historia del catolicismo e historia de la Iglesia: me parecen dos expresiones válidas y que debemos respetar, mantenerlas y enriquecerlas. A veces la expresión “historia del catolicismo”, por lo que leo, tiende a evitar que la consideración del catolicismo se reduzca solamente a la institución eclesial, y particularmente a sus jerarquías. Ahora bien, desde el Concilio Vaticano II se entiende a la historia de la Iglesia como la historia del pueblo de Dios, y no sólo de su jerarquía. Esto podemos hacerlo en los últimos 50 años porque se ha renovado la autocomprensión de la Iglesia. En mi modo de ver, el laicado es un concepto teológico y se puede usar en singular, pero desde el punto de vista social-histórico existen “los laicos”, “las laicas”, “los laicados”: es muy diversificado. Pensemos la pluralidad de posiciones políticas en el laicado argentino, pasado y presente. Me parece un horizonte interesante, no para leer con categorías anacrónicas momentos del pasado, del país o de la Iglesia pero sí para tener un horizonte amplio cuando hablamos de historia de la Iglesia hoy.

El estudio de la Iglesia en el post Concilio llama a trabajar con todo el rigor del método histórico fundado en fuentes documentales. Pongamos dos ejemplos. Cuando Miranda Lida analiza el Congreso Eucarístico de 1934, sus causas o diversos factores, sin duda enriquece la mirada de un acontecimiento histórico complejísimo, con lo que dice del fenómeno urbano en Buenos Aires o de la inmigración en Buenos Aires. O bien cuando Roberto Di Stefano mira el clero en las décadas decisivas del siglo XIX, me enriquece mucho ver todos los factores familiares, sociales y económicos que tenían que ver con la vocación sacerdotal. Uno también podría pensar el crecimiento en el clero diocesano en los años 70 y 80, qué factores sociales, culturales y políticos influyeron para que crezcan tanto las vocaciones sacerdotales en mi generación. Esto a mí me parece importante decirlo porque debemos buscar cruces u horizontes hermenéuticos de diálogo con diferencias y con encuentros que respeten el método y el lenguaje de cada disciplina.

R. D.: Creo que lo que nos falta es debate. Estamos un poco en una enfermedad contemporánea. En el pasado, hubo grandes debates, pero hoy los historiadores discuten poco, tienden a crearse una quintita, “esta es mi quintita y no se metan en mi quintita y yo estudio el sacerdote tal de tal orden, tal cuestión y del resto no sé nada”. Parece que los grandes relatos son necesarios y discutir grandes relatos es imprescindible. Por eso a mí me parece que — aunque está mal que lo diga yo, porque fui unos de los autores— que el libro *Historia de la Iglesia argentina* ofreció un gran relato. Pero como decía Diego [Mauro], el libro permitió que se discutieran un montón de cosas. Parece que los argentinos o nos escuchamos sin opinar, o si no, nos tenemos que pelear; nos falta cultura del diálogo, que permita decir, bueno “yo pienso esto y lo fundamento, pero otro no está de acuerdo con eso y lo argumenta”. O bien, discutir por escrito, establecer debates por escrito.

L. C.: Esto lo he pensado muchas veces y lo he discutido en otros lugares a propósito de otros campos temáticos. Creo que es un fenómeno que tiene que ver con lo argentino, pero también es un fenómeno de nuestros tiempos. Porque cuando nosotros estábamos

empezando a escribir nuestras primeras cosas quizás uno escribía con más riesgo, con más audacia, por pura inconsciencia; uno se largaba a decir cosas y tomaba ciertos riesgos.

Me parece que para la generación actual —y en esto contradíganme, no lo sé— lo que yo observo es que por las mismas buenas razones por las cuales hay una política de subsidios y de becas que permite que tantos estudiantes puedan hacer sus doctorados en condiciones razonables, en los últimos 15 o 20 años esto mismo también pone a veces límites a las posibilidades de disidencia. En la medida en que, por ejemplo, contradecir tu idea [de Roberto Di Stefano] de la “Iglesia colonial” puede tener un costo; hay un temor a la penalización de esa disidencia en una futura evaluación, en un jurado de tesis, en un comentario en un congreso etc. Entonces yo lo que creo es que hay mucha más disidencia soterrada, disidencia que no es explicitada, hay una gestualidad...

R. D.: De pasillo.

L. C.: ... hay más disidencia de la que quizás nos atrevamos a nombrar, un poco por estas razones. El mismo campo que se supone debe estimular nuestra capacidad crítica, y nuestra capacidad de disidencia, a la vez está poniéndole un límite en la medida en que esa disidencia puede tener consecuencias muy concretas en algunos casos. Es algo que yo he hablado muchas veces con mis estudiantes. En un contexto general que me parece sumamente positivo, de crecimiento, de producción, etc., yo tiendo a alentar la audacia y a tomar ciertos riesgos informados, en pos de cierta creatividad intelectual. No la acrobacia disparatada, pero sí cierta creatividad intelectual: usar las tesis para decir algo y no simplemente para bordar alrededor de lo que ya dijo otro, y recostarse sobre la autoridad. Desaliento la tesis timorata, que me parece que es un riesgo que hay en este momento; hay un crecimiento de datos, de saber puntual. Tiene que ver un poco con la naturaleza de los historiadores; tendemos a ser un poco más conservadores a veces. En mis diálogos con críticos literarios, con sociólogos, hay cierta audacia que a veces a mí me parece demasiado disparatada, pero que en todo caso me parece interesante y que a veces echo un poco de menos en nuestra disciplina. Creo que es parte también del momento; está ocurriendo en otros campos, y no solamente en el campo de lo religioso.

R. D.: Para terminar. En un libro sobre historia cultural, [Roberto] Pittaluga dice que “hay una dinámica de las generaciones de historiadores, en la que los hijos matan a los padres y después los nietos los recuperan un poquito, los recuperan en parte”. Esto le falta a la historiografía de Argentina de este momento y a este campo en particular: que vengan hijos que maten a los padres y después los nietos los recuperen un poquito...

Idea: Miranda Lida- Diego Mauro- Luis Alberto Romero

Edición: Rocío Guadalupe Sánchez- Miranda Lida